

Antonio de Undurraga

## Autopsia de Santiago de Chile



S don o taumaturgia de urbanistas poder realizar prolijas inspecciones de la entraña de sus pacientes (las ciudades), sin necesidad de esperar su muerte, natural o artificial.

Pero nunca el urbanista es un taumaturgo mayor que cuando crea nuevos órganos a una vetusta ciudad: pulmones artificiales, áreas verdes, aeródromos, palacios de bellas artes. ¡Y qué decir cuando la dota de nuevos estómagos, de hermosísimos mercados; o cuando le crea intestinos adicionales y la descongestiona, trazando metropolitanos! Entonces, sí que es taumaturgo... Desviar el tránsito para abrir un trocito de calle o para pavimentarlo, es sólo una anestesia local a tono con los modestos y abnegados galenos de cualquier oficina municipal de obras.

Para todos los que alguna vez en su vida han visitado grandes capitales, les mueve a risa el miedo de los chilenos al metropolitano. Pero olvidan que Chile sólo ha sido un país rural, de ruralismo interrumpido sólo en ciertos breves lapsos por heroicos y terminantes despliegues militares. Luego ha vuelto al huaso, al leal y ladino huaso, su arquetipo más esencial, constructivo y permanente. La industrialización sólo es novedad de hace trece años. Y nada más. Todavía no se incorpora a la mente, ni la vida nacional en la medida orgánica que sería de desear. Todavía es más bien produc-

to de exposiciones brillantes. Por eso, es un tópico un poco tabú en nuestra tierra, ese del metropolitano y aquel del urbanismo. Pero el urbanismo y los urbanistas tienen otro enemigo secular entre nosotros y, ya diremos, a nuestro entender y a modo de desenlace, cuál es y cuál ha sido entre nosotros.

De modo que es una tímida semilla de nuevos tiempos el hecho de que una tribuna periodística, en fecha reciente, se haya preocupado de Santiago de Chile y que en una mesa redonda de papel haya interrogado o invitado a monologar (creemos que ha sucedido más esto último) a algunos arquitectos poseídos de afán de belleza y espíritu público, condición indispensable a los verdaderos urbanistas.

Con anterioridad, habíamos oído decir que alrededor de 1910, en un certamen europeo, el arquitecto que planeó la urbanización de Santiago de Chile, habría obtenido un primer premio. Más, ¿qué fué del proyecto y de los planos? Sobre ellos —como sobre los infantes de Aragón— cayó mucha niebla. Algo muy similar a lo sucedido con los papeles relativos a un proyecto de heroseamiento (mediante jardines) del cerro San Cristóbal.

En general, sobre estos tópicos, se habla poco. A un teórico oímos decir que era preciso conservar el edificio histórico ubicado en las calles Bandera y Compañía, eso sí que horadando su estructura —una mole similar a La Moneda— con una recova (o portal como decimos nosotros), a fin de que no dificultase el tránsito de los peatones. Sin duda, ¡una bella idea: como que no se olvida! Un ex embajador brillante —hombre amigo de los libros y poco de los viajes, pero que ha visto mucho mundo urbanístico— manifiesta que Santiago de Chile es una ciudad sin color. Y el juicio de Santiago Labarca es similar. No aluden a la palabra color en términos figurados (tal como los comentaristas musicales que de todo hablan menos de música), sino que de la monótona falta de imaginación para pintar edificios, y de la ausencia de mosaicos, frescos y baldosas; incluso espejos. Tanto de agua como de azogue. Para un cronista y brillante descriptor de nuestra geografía, Santiago de Chile

es una ciudad fea, pero que posee hermosos interiores; en suma, ciudadanos que saben amoblar sus casas con gusto. Según él, el turista, ante la desesperación de no tener qué alabar para congratularse con el morador, se refiere a la hermosura de la cordillera de los Andes... Otro escritor chileno, al ver la ciudad española de Granada, creyó hallarse en Santiago de Chile. Pero ya han muerto muchos calendarios, desde el día en que se produjo, en él, esta impresión. Finalmente, otro cronista, en fecha muy reciente, ha suspirado por ver el rojo templo de San Francisco rodeado de jardines... y no de bocinazos de automóviles.

Pero escuchemos el prometido monólogo de los urbanistas. D. Juan Martínez Gutiérrez cree en la necesidad de un cerebro que regule la planta de la ciudad, a fin de embellecerla y hacerla más cómoda, al margen de intereses oscuros o personales, pero reconoce que "la directiva en el desarrollo caótico de las ciudades es la plusvalía del suelo", y señala "que aún es tiempo de remodelar grandes sectores de la capital, algunos de ellos en las inmediaciones del centro administrativo y comercial, y en mejor forma de que lo ha sido este sector, en bien de la comunidad; armónica relación de alturas, áreas de esparcimiento, densidad adecuada, rápida movilización". Y concluye: "No falta sino querer hacer lo expuesto; el equipo técnico necesario nacional es de primer orden". Pero la idea de crear ese cerebro que regulase a Santiago de Chile, ¿también es asunto de papeles extraviados, amarillos de polvo y luz? D. Juan Martínez Gutiérrez recuerda que hace 20 años —en 1934— se propuso la creación de este organismo cerebro por el Primer Congreso de Arquitectura y Urbanismo y su nombre fué simple: "Plan de la vivienda chilena". Ni urbanistas ni arquitectos fueron escuchados. Pero fruto de las necesidades humanas previstas por ellos —y olvidadas por los políticos— ha sido una realidad doliente: a Santiago de Chile, en parte, lo rodea un cinturón de poblaciones hongos. Que nosotros, por influencia quichua implacable, las llamamos callampas.

D. Sergio Larraín García Moreno reconoce la urgencia de crear

dicho organismo cerebro. "Hasta hace 30 años —dice— Santiago era una ciudad blanda, de adobes, tejas y patios . . . pero *el progreso*, como una especie de arteriosclerosis, va endureciendo la parte central y ya hay todo un sector de concreto armado, de estructura asísmica, en el que sólo una bomba atómica podría introducir modificaciones de importancia. Pero el resto de la ciudad puede ser todavía salvado, sus barrios replanificados y acondicionados para que sea deseable y bueno vivir en ellos". Y subraya la necesidad de dispersar industrias radicadas en la capital de Chile, a fin de realizar un drenaje de su población y revitalizar —mediante la inmigración— la vida regional del país que "por su forma, topografía y producción" está destinado como Italia "a tener muchos pequeños centros". Finalmente, hace notar "que en el último censo la población urbana de Chile ha subido a más del 50% de la del total del país".

Por su parte, D. Héctor Valdés Phillips cree que "desgraciadamente, Santiago está tomando un carácter propio que, sin duda, corresponde a la idiosincrasia nacional". Y prosigue: "pecamos por exceso de desconfianza en nosotros mismos y en nuestra capacidad creadora. Esta desconfianza, esta falta de fe, se traduce en un térror a lo nuestro y a lo nuevo; sólo lo consagrado (y generalmente cuando ya ha hecho su historia) tiene valor entre nosotros. Aplaudimos, pero cuando ya alguien ha aplaudido con anterioridad y no hay peligro de equivocarse. En otro aspecto esta falta de fe se hace evidente en nuestro espíritu legalista, reglamentario, pequeño. Todo debe encajar en alguna norma, en algún molde predeterminado, tan arbitrario como estricto. En caso contrario no se acepta, no porque existe alguna razón para ello, sino simplemente por el temor a que se pueda *sentar precedente*. Estas características —fatales para una nación joven— hacen que Santiago ya esté tomando su fisonomía propia: la fisonomía de los que tienen fisonomía".

En estas palabras —osadas y severas— sin duda que se clama por un meridiano cultural que no tenemos. Pues eso es el meridiano espiritual: jurisprudencia de primera mano, juicio en voz alta sin

consultas foráneas en voz baja. Sin embargo, cabría la pregunta: ¿no somos ya lo suficientemente viejos como para tenerlo? ¿Somos mezquinos y carecemos de valor como para crearlo y poseerlo? De lo contrario, ¿acaso no lo tendremos nunca?

Mas, conozcamos el pensamiento total de D. Héctor Valdés Phillips. "Si esta es nuestra idiosincrasia —añade— caeré en la herejía de afirmar que no es muy preferible que Santiago rompa su acuerdo con ella y tome una expresión y un carácter no propios, si se quiere, pero en cambio más positivos, que sirvan como una compensación de esa manera de ser nacional, como una invitación a transformarnos, a perder el temor, la timidez, la mezquindad, y otras virtudes que a cada paso se hacen presente entre nosotros. Estimo que antes de pretender que la fisonomía de la ciudad refleje los aspectos (favorables, se entiende) de la idiosincrasia nacional —cuestión hasta cierto punto subjetiva, difícil de interpretar y de expresar en la fisonomía de un núcleo urbano—, debiéramos estudiar lo que sucede con nuestra realidad física, objetiva (idiosincrasia geográfica, podríamos llamarla). ¿Ha significado algo para Santiago, para su carácter, la presencia de la cordillera, de los cerros San Cristóbal, Santa Lucía, del río Mapocho? Para apreciar hasta qué punto hemos sido ciegos para estimar estos valores —algo más efectivos que los otros— pensemos, por ejemplo, en el cerro Santa Lucía, que hoy aparece como *enclavado en el centro de la ciudad*, como si alguien lo hubiera colocado en ella nada más que por embromar, aplastando unas cuatro manzanas. El cerro *era* antes, y Pedro de Valdivia puso la ciudad a sus pies, no con ánimo de que uno y otro se ignoraran. Sin embargo, en la realidad de la ciudad actual significa un obstáculo, un lunar, un error de la naturaleza, al cual *ha habido que sacarle el cuerpo* como se ha podido... El día llegará en que un caballero *que ha viajado por Europa*, lance la idea de eliminarlo... En resumen —continúa este monologuista—, la ciudad *no está ordenada en función de sus valores naturales*: descubrirlos, respetarlos, hacerlos presentes, sería

fundamental para que adquiriera una fisonomía propia de ciudad chilena y propia de Santiago”.

Estas observaciones sobre el cerro Santa Lucía son sumamente atinadas. Pero ¿cómo incorporarlo a la ciudad, cómo darle una perspectiva? Quizá si una nueva avenida que uniese a la Alameda Bernardo O’Higgins con la Avenida Matta, eliminando las manzanas comprendidas entre las calles Carmen y San Isidro (ambas sin remedio urbanístico), va a ser la solución del futuro.

Para D. Alfredo Benavides, el rojo templo de adobes de San Francisco, merece un sumo elogio. Expresa: “somos incondicionales admiradores de San Francisco, tal como está y donde está”; y lo considera “una de las dos únicas obras de indiscutible mérito arquitectónico que hay en el país” conjuntamente con La Moneda. Lo considera “bello por su planificación y sus proporciones” y “original por el artesonado de su techo, solución hermosísima y que no se encuentra en ningún otro templo de esas dimensiones, a lo menos que nosotros sepamos, y conste que hace 30 años que hurgamos en la historia de la arquitectura. Y en cuanto a la torre, quien la contemple serenamente no podría negar su belleza, la que no es sino el resultado de una composición perfecta”.

La Moneda —ya aludida— la reputa como un “verdadero monumento de la arquitectura americana” y “el edificio civil más importante de la arquitectura colonial que existe en pie en la América Latina”, y agrega “que de esa sobriedad puesta en práctica por él en nuestro país, proviene aquella que acusa la línea general arquitectónica de Santiago, y, por ende, de todo Chile”. En cuanto al Cementerio General, construído por el arquitecto italiano Brugnotti, estima D. Alfredo Benavides que “es de belleza sin paralelo como arquitectura romántica”.

Este urbanista ha puesto notas de optimismo, pasando por alto la terrible indigencia arquitectónica de la ex Capitanía General de Chile, ubicada en un continente todo enjoyado por iglesias fastuosas y hermosísimas, todavía no clasificadas, ni miradas, ni admiradas

suficientemente por el ojo americano, en gran decadencia arquitectónica a partir del siglo XIX.

Finalmente, en un aspecto práctico, D. Alfredo Benavides ha sugerido en la mesa redonda de papel a que hemos aludido, la necesidad de no construir en Santiago (salvo las excepciones justificables) "en más de cuatro pisos; así la propiedad no subiría en la forma que ahora, no tendríamos que comprar a precio de oro ascensores importados, y lograríamos un conjunto más en armonía con nuestras posibilidades y nuestro carácter de pequeño país apenas poblado". "La belleza de París —prosigue— es, a lo menos en parte, consecuencia de dos limitaciones: las murallas que la rodeaban y la limitación de la altura de sus edificios, establecida en viejas ordenanzas municipales".

Otro arquitecto, D. Alfredo Johonson, ha hecho notar que la elevación innecesaria de los edificios obedece al móvil de obtener una compensación económica del subido costo de los ascensores, obligatorios en edificios de más de cuatro pisos. Por nuestra parte, para determinadas zonas, el límite de cuatro pisos —antes señalado— nos parece demasiado exiguo.

Y este mismo arquitecto ha señalado el hecho de que el "Plano Regulador que actualmente tiene la ciudad, fué concebido en 1946 por el arquitecto vienés Brunner", "quien careció de los medios y del tiempo necesarios para realizar una obra total". Considera, además, que fué trazado "tímidamente y que muchos problemas no fueron abordados en forma radical", de modo que el aumento de la población y del tránsito, lo han tornado inexistente. En suma, por estas consideraciones, manifiesta que "en la actualidad no existe un plano regulador oficial".

Pero ¿se puede hablar de un Plano Regular que dé a Santiago de Chile belleza a tono con su geografía y plena comodidad a sus ciudadanos, si este Plano no entra, antes, en sus ojos, en su sensibilidad, en su sangre? Si no hay interés (en caso de que no lo hubiese) de que la ciudad sea cómoda y hermosa ¿podría serlo algún día? Si nuestra mentalidad campesina, acostumbrada al adobe y al

paseo campestre, todo lo estima superfluo, innecesario, ¿no primará, siempre, el espíritu individual de especulación con el metro, el centímetro y el milímetro cuadrado de terreno, que ya asfixió nuestro centro? ¿No se especuló, acaso, también con los mismos decímetros y miles de metros de tierra, cuando venían de viaje a Chile los colonos alemanes hace un siglo? Tal vez la angostura de nuestro país, y su exceso de piedras, nos ha hecho ávido y avaros de la tierra plana, llana, materia prima por excelencia de los urbanistas, pues se trata nada menos que del horizonte que da las perspectivas. Y una ciudad sin perspectivas no es una ciudad, sino un hacinamiento de moradas. ¿No es este, acaso, el drama de Santiago de Chile? (1).

La picota y el árbol, la estatua y el espejo de agua, la avenida y el conjunto armonioso de los edificios son los instrumentos maravillosos, son las armas clásicas que no pueden faltar en el escudo de armas y de lucha de todos los grandes y pequeños urbanistas.

Y si un arquitecto ha observado que el cerro Santa Lucía ya está fuera de Santiago de Chile o arrinconado en él, ¿qué decir de

---

(1) Como una glosa pintoresca y que hoy cobra nuevo sentido debido a las alusiones que tiene sobre la inmigración en Argentina, reproducimos algunos párrafos de la carta abierta que D. Alberto Mackenna Subercaseaux dirigió al pintor argentino Bernardo de Quirós (publicada en "El Mercurio", de Santiago de Chile, el 7 de agosto de 1919), y que dicen: "Usted me dijo muchas cosas muy ciertas de la falta de gusto que se observaba en todas partes en nuestra capital y yo no pude rebatírselas porque le encontraba toda la razón.

—Pero debo reconocer —me agregó usted— que esta subida (alude a la ex subida del cerro Santa Lucía por calle Agustinas), con su recodo caprichoso, con sus árboles que dejan caer el ramaje como una cortina, es algo delicioso...

—¡Ah! mi amigo —le repliqué yo—, estos árboles que usted tanto admira están condenados a muerte desde hace algunos años. Varias veces han estado en capilla y hemos obtenido, no el perdón, sino un aplazamiento de la sentencia.

—Pero ¿habrá gente capaz de destruirlos? —exclamó el artista, alarmado—. ¿Y el público toleraría semejante atentado?

—Los árboles caerán por tierra, en poco tiempo más —le repliqué—. Nada podrá impedirlo. Es cosa fatal. Hay una fuerza misteriosa que los tiene minados en su base. Es un flúido impalpable y poderoso que puede más que todo: más que la opinión pública, más que la estética, más que la salud...



la vieja ciudad de Santiago, asfixiada de adobes, callejuelas, ranchos y polvo, y que no tienen que ver nada con la otra ciudad jardín que se extiende desde la plaza Italia hacia la cordillera? Pues bien, nosotros creemos que una sabia aplicación del árbol y la picota a la ciudad vieja, daría la solución. ¿Cuántas manzanas habría que demoler? Y ya sería hora de ir las marcando con tiza en el Plano Regulador inexistente, a fin de impedir que se edifique en ellas inmuebles valiosos que, en el futuro, van a ser demolidos, y a subido costo.

Y si la vieja ciudad está separada de la nueva ciudad jardín y nada tiene que hacer en cuanto a armoniosa correlación con la segunda ¿qué decir del barrio Recoleta separado de las dos anteriores, no sólo por las callejuelas, los adobes y el polvo, sino que por un río? ¿Qué se ha hecho por unir el centro de Santiago con Recoleta? ¿Un puente un poquito más ancho, puede estimarse como una solución o un paso serio?

---

¿Se le puede pedir a un mapuche que comprenda la belleza tal como la entienden los hijos del Sena?

Imposible, mi amigo, es cuestión de siglos: hay por medio un proceso evolutivo secular.

En Santiago como en dos o tres más ciudades de Sudamérica gobiernan aún los indígenas. He aquí la explicación de todo lo que pasa. Ustedes han tomado vuelo (alude a los argentinos) en alas del espíritu europeo.

Nosotros aleteamos aún en el fango porque estamos en manos de los **mapuches** (el subrayado es del autor).

Verdad es, mi amigo, que éstos visten a la europea, se ponen guantes y hasta se introducen en un frac. Pero tras la indumentaria exótica está vivo el primitivo habitante de este valle.

Los artistas como usted y como todos lo que aquí sienten la necesidad de espiritualizar la vida con un soplo de belleza, han llegado al valle del Mapocho con doscientos años de anticipación...

Entre los muchos que contestaron estas palabras —sin ir a su fondo, por cierto— se pueden citar los nombres de Joaquín Díaz Garcés, Ricardo Larraín Bravo (el 1.º de agosto de 1919), con atinadas observaciones urbanísticas; Paulino Alfonso, que recuerda la plaza planeada por Vicuña Mackenna entre las calles Moneda, Agustinas y Miraflores para darle perspectiva al cerro Santa Lucía; Salvador Izquierdo S., quien señala (en 1913, 23 de agosto) que hace 45 años en Chile casi no había árboles aptos para ser plantados en parques y jardines, etcétera.

Insistimos: no conviene seguir en este análisis. Cuando los ciudadanos no están preparados para recibir las meditaciones, sufren una conmoción demasiado violenta, y creen hallarse frente o en los extramuros de la enfermedad mental.

Pero sí, a modo de corolario, conviene citar las profundas palabras de Lewis Mumford en su libro *La cultura de las ciudades*, cuando nos dice: "Las ciudades son un producto del tiempo, son los moldes en los cuales las vidas de los hombres se han enfriado y congelado, dando forma permanente, mediante el arte, a momentos que de otra manera se desvanecerían con lo viviente y no dejarían medios de renovación o de participación detrás de ellos. Las épocas pretéritas, superponiéndose como capas las unas sobre las otras, se conservan en la ciudad hasta que la vida misma amenaza perecer por asfixia. Entonces, como último recurso de defensa, el hombre moderno inventa el museo". Y el mismo Mumford recuerda que Thomas Mann a sus conciudadanos de Lübeck, al celebrarse el aniversario de la fundación de esa ciudad, les expresó que "cuando la ciudad deja de ser un símbolo de arte y de orden actúa en forma negativa: expresa y contribuye a dar mayor amplitud al hecho de la desintegración. En el confinamiento de la ciudad las perversidades y los males se propagan con mayor rapidez, y en las piedras de sus edificios se incrustan esos hechos antisociales; no es el triunfo de la vida urbana lo que determina la cólera profética de un Jeremías, de un Savonarola, de un Rousseau o de un Ruskin".

Entonces, ¿cómo no dar a Santiago de Chile un Plano Regulador, un cerebro que lo conduzca hacia el futuro de América?